

Mons. Tihamér Toth

La casa de mi Padre

Pocas veces leemos en los Evangelios que Jesucristo se indignase. Pero siempre que se habla de su indignación, *la vemos motivada, no por una ofensa inferida a Él*, sino por ultrajes hechos al Padre celestial. Sufre sin proferir palabra, con sencilla dignidad, cuando le hieren a Él; pero no pasa en silencio las ofensas que se infieren a la divinidad.

¿Y tú, querido joven? ¿Permaneces tranquilo en una reunión en que se ofende a Dios, y trabas acaso amistad íntima con gente que se distingue por su conversación mala y su vida de corrupción?

Si se trata de tu propia persona, aprende del ejemplo de Cristo y soporta con fortaleza la ofensa; pero cuando atacan tu religión, cuando desprecian tus principios morales, cuando se ofende a Dios, entonces ten valor y levanta la voz en su defensa, con hombría, aunque no con petulancia.

Jesucristo se indignó al ver animales en el Templo, en la casa de Dios. Y, sin embargo, tan sólo se trataba de un Templo de piedra. Imagínate, pues, cómo ha de doler al Señor ver las "alimañas" que pululan algunas veces en el alma de los hombres, en el Templo viviente de Dios.

Somos "Templo de Dios". La frase no es una imagen poética, ni una alocución simbólica, sino una enseñanza clara de la Sagrada Escritura. Medita bien esta corta frase: "¡Soy el Templo de Dios!".

¡Qué fuente viva de resoluciones nobles y reconfortantes!

¡Soy el Templo de Dios! Por lo tanto, debe ser completamente limpio mi interior; han de ser puros mis pensamientos, mis palabras, mis deseos.

¡Soy el Templo de Dios! Por lo tanto, tengo que pregonar la gloria del Señor: con toda mi vida, con todas mis palabras, con todo mi comportamiento.

¡Soy el Templo de Dios! No puedo sufrir que haya dentro de mí, "en la casa de mi Padre", tinieblas, manchas, polvo. No debo consentir un solo pecado, porque soy el Templo de Dios.

(Tihamér Toth, *El Joven y Cristo*, Ed. Gladius, Buenos Aires, 1989, Pág. 45-49)